**CAPÍTULO 2**

**De cómo llegó “Ceñidor” a Granada.**

Apenas había alboreado el día 21 de diciembre de 1426 en Granada, capital del Reino Nazarí, cuando Ismail, conocido con el sobrenombre de Ibn Al-Minsakhiru, envuelto en su *mihsa*, cubierta su cabeza con un *sasiya* rojo elevado, como concernía a su categoría de *hakim*,y calzado con unos ligeros *juff* para combatir el gélido clima de los crudos inviernos de Granada, paseaba por la margen derecha del Guadi el-Hadarro dentro del Rabad Cauracha, tras salir del Maristan Nazarí donde había estado visitando a algunos enfermos.

Era Ismail un médico que había sobrepasado hacía poco tiempo la década de los cincuenta años, lo que lo situaba en el esplendor de su madurez científica. Su constitución era delgada, moderadamente alto de estatura, de tez morena, sin barba como era costumbre llevar los de su clase y con un abundante cabello ensortijado de color canoso. Aspecto que junto a su elevado turbante como *hakim* que era,suscitaba en todo aquel que lo observara por primera vez, un cierto aire de solemnidad y dignidad. Apariencia exterior que se disipaba al iniciar con él cualquier tipo de conversación, ya que era tal su amabilidad y su trato de exquisito respeto, que inmediatamente se hacía querer y respetar.

Este día, acababa de asistir a unos enfermos convalecientes internados en el Maristan, con la intención de aliviarles sus males; la mayoría de ellos eran de tipo crónico, haciendo esto que su sufrimiento tuviera una doble vertiente: por un lado la patología que les afectaba, preocupaba y les mermaba físicamente, llegando incluso a deformar sus cuerpos mortales y para las cuales necesitaban tanto de la sapiencia como del arte de curar que poseía Ismail. Mientras que por otro lado, y no menos importante, estaban las aflicciones personales tanto emocionales como sociales. Condicionando esto una amplia y a veces terrible repercusión en sus almas, y que igualmente estaban necesitadas tanto del Arte Médico de sanar, como de la comprensión, dedicación, generosidad y benevolencia del médico.

Es necesario recordar, para poder comprender el pensamiento de un médico árabe, que el Arte Médico, en el Islam adquiría un hondo sentido de altruismo fraternal hacia el enfermo, manteniendo como eje constante en sus actuaciones la ética. Ciencia, cuyo camino debía ser extremadamente recto, teniendo una clara y limpia intención de satisfacer todas y cada una de las necesidades de cada enfermo.

Pues bien, para ambas Ismail tenía un talento especial y una dedicación plena, ya que su ética, su filosofía y su forma de entender el padecer de cada persona, era de esa forma en las que curar a algún necesitado de ello significaba atender tanto el cuerpo, como el espíritu y el entorno familiar de cada enfermo.

Con estas cuitas, fue adentrándose en las callejuelas de la Alcazaba Gidida y se dispuso a pasear por el intrincado laberinto de calles que constituían la Alcazaba Cadima, aunque el rigor del invierno le hizo cambiar sus pasos y dirigirse antes al Rabad Haxaris, ya que sus arboledas y grandes mansiones o Cármenes con hermosos jardines, hacían que su paseo por estos bellos parajes le sirviese para pensar mejor en sus enfermos y valorar cómo afectaban en sus vidas estas dolencias.

Tabién reflexionaba con cierta inquietud, intentando aclarar en su mente todo aquello que sobre su futuro pudiera sucederle dentro de la medicina granadina, circunstancias que como veremos le turbaban poderosamente. Motivos todos ellos que condicionaron su propósito de trasladar su paseo a esta zona de los Cármenes y que así, su transitar por Granada, transcurriese por unos pasajes muy agradables, evocadores y también por qué no, de mayor calidez y sobre todo mucho más propensos a sus cavilaciones personales.

Pasado un tiempo y volviendo de nuevo sus pasos hacia las callejuelas estrechas, pasó por delante de la puerta de la Jima Ateibin, atravesó la Bib-Albonud para introducir por fin, tanto su persona como sus pensamientos y cuitas en las callejas de la Alcazaba Cadima. De esta forma, transitó por delante de la Jima Cachara para posteriormente y a través de la Bib el-Bis subir hacia el Rabad Al-Bayyazin (conocido actualmente por Albayzin).

Al llevar una hora aproximadamente caminando se paró a observar desde una atalaya próxima a Hizn-Román del Rabad Al-Bayyazin y cercana a la Masjid Alaadama. Contempló cómo iba poco a poco saliendo el sol tras la Colina Al-Sabika sobre la cual se había construido la “Ciudadela Roja” conocida como la Medina Al-Qal’a Al-Hamra (Alhambra), lugar privilegiado por su situación estratégica al dominar desde ella tanto la ciudad como la extensa vega granadina: al mismo tiempo pensaba cuál sería su futuro como sabio médico en el Maristan.

Pensamientos estos, que Ismail iba pausadamente desgranando en su mente como *hakim* que era, es decir, a la manera del médico-filósofo cuyo *modus vivendi* era buscar la sabiduría guiada por elevadas normas de ética; profesión que ejercía con maestría desde hacía tiempo en el Reino Nazarí. Si bien, los hechos que van a acontecer tienen lugar en un periodo de tiempo especialmente doloroso para Ismail como *hakim* altamente reconocido del Maristan Nazarí, su posición no le iba a librar de la convulsa y alterada sociedad nazarí cercana a los inicios del año 1427.

Nuestro protagonista cogió el mismo camino de regreso hacia el Maristan, aunque esta vez llegando a la altura de la Jima Ateibin, cruzó hacia el Guadi el-Hadarro por el Cantara-Aben-Rasik, bajando hacia el Maristan por la orilla izquierda del rio y volviéndolo a cruzar por el Cantar Al-Cadi. Al inicio de este, se encontró con su amigo y colaborador en el Maristan, Ibn Al-Khandil.

Ibn Al-Migil Ibn Al-Khandil, era otro *hakim*, que como Ismail, ejercía la medicina en el Maristan y la enseñanza a los futuros médicos en la Madraza. Era un médico algo mayor que este, y de compostura física delgada con una estatura superior a Ismail y aunque su cabeza ofrecía mayores entradas, su figura era imponente. Pero si su apariencia era fuerte, su bondad aún era superior y la ciencia que emanaba todavía lo era más.

 Cuando se encontraron emprendieron una breve y a la vez deseada conversación:

—¿Qué haces a estas horas por aquí Ismail?, con lo temprano que siempre llegas al Maristan, no es muy habitual en ti a estas horas, verte fuera de la sala de los enfermos, a no ser que tengas algún pretexto encubierto.

A lo cual respondió Ismail con su habitual cordialidad:

—Bueno, como bien sabes, no más temprano que tú. Parece que ambos tenemos como norma madrugar, será porque con el alba recién aflorada nuestras mentes están despejadas y son capaces de vislumbrar mejor los problemas de nuestros enfermos. Pero yo esta vez, hace apenas unas dos horas que salí del Maristan de visitar enfermos, ya que me preocupaba en especial uno al que el tratamiento no le estaba haciendo el efecto que yo deseaba, aunque ha sido cuestión de cambiar la dosis del mismo, y ya esta mejor. Además, ahora y antes de regresar al Maristan, me dirigía a la Madraza, con la intención de ver a qué discípulos tengo que impartir magisterio y a qué horas. Acompáñame, y también vemos los tuyos.

Y de esta manera ambos amigos se dirigieron conversando a la Madraza, pero como Ibn Al-Khandil conocía la manera de pensar y de actuar de Ismail, prosiguió con su conversación la cual fue por estos derroteros:

—De todas maneras Ismail, conociéndote, creo que no solo era ese el motivo por el que te he visto tan pensativo cuando bajabas por la vera del río. ¿Por qué no me cuentas el verdadero motivo por el que llevas casi dos horas deambulando por las calles de Granada?

Ismail le contestó, como solía hacer en estos casos, con una parte de realidad, acompañándola con una gran dosis de filosofía, y una cierta porción de suspense:

—Como siempre, tienes razón Ibn Al-Khandil, aunque te respondería que no es que haya una causa concreta: es que a veces la intuición que llegas a desarrollar tras tantos años de asistir y observar a enfermos, de conversar con ellos para introducirte en sus diferentes historias, y con el profundo conocimiento del ser humano que nuestros actos médicos nos proporcionan, la intuición, como te decía, se nos vuelve tan sobresaliente... Que de esta forma, cualquier hecho, por insignificante que este pudiera ser, te hace quizás ver cosas donde a lo mejor ahora no están, pero que pueden llegar a aparecer en el momento que menos te lo esperas. Llámame agorero si quieres, pero yo creo que más bien es ser precavido, o aplicando términos de nuestra profesión, hacer prevención antes que iniciar una cura cuando ya las cosas no tengan remedio.

Prosiguió Ismail con cierta cautela:

—Y en este sentido, es en el que estaba reflexionando, ya que las intrigas del partido de los Abencerrajes, y más en concreto de alguno de ellos que tú bien conoces, y que los tenemos cerca en el Maristan, me preocupan por la deriva que están tomando. Además por el deterioro en la asistencia clínica que estamos percibiendo, pero también porque he detectado un incipiente menoscabo en las relaciones entre algunos de los médicos, y que bajo mi opinión se ha visto, en algunos aspectos, bastante mermada en nuestro Maristan.

A lo que Ibn Al-Khandil, le respondió:

—Cuánta razón atesoran tus palabras, yo también he percibido esta falta de atención en la asistencia que antes había en todos nosotros hacia los enfermos, y he notado cómo se dan órdenes absurdas desde la cancillería, y que a su vez nos transmite su subordinado tal cual sin sopesar su conveniencia o no, que unas veces son contradictorias y otras lo único que hacen es perjudicar a los enfermos.

»Esperemos que todo esto sea de forma transitoria, o mejor aún que nos equivoquemos, pero veo con tristeza cómo determinados médicos de nuestro entorno, llevan a cabo todo aquello que les indican desde arriba, sin oponer ningún tipo de desacuerdo cuando las ordenes que reciben van en contra de nuestra ética, y por ende en perjuicio posiblemente de nuestros enfermos.

Ambos llegaron a la Madraza, y ante la presencia del resto de médicos, optaron por callar, y ya seguirían su conversación en otro momento más oportuno, sobre todo, lejos de oídos que de momento no sabían realmente si estarían o no, inmersos en conspiraciones futuras que pudieran afectar a ambos.

Ismail, como ya se ha indicado, practicaba su oficio como médico del Maristan Nazarí donde pasaba por ser una eminencia dentro del mismo. Pero además, la alta sociedad granadina de su época cada vez que necesitaba determinados servicios médicos se los reclamaba a él, para que de esta manera y en el entorno de las mansiones privadas, sus enfermedades fueran curadas o al menos para tratar de conseguir una mejora en sus dolencias.

La mayor parte de su tiempo, esta parte de su profesión la ejercía en el ya mencionado Maristan de Granada. El cual se encontraba situado entre los Rabad Cauracha y Haxaris, dentro ambos de la Alcazaba Gidida con una ubicación aproximada frente al Hammin el-Geuza y la Bib-Addifaff en la orilla derecha del Guadi el-Hadarro.

Haciendo un paréntesis historico, recordaré que dicho Maristan fue construido durante el reinado de Muhammad V por Abu Abdalah Mohamed entre los años 767 y 768 de la Hégira (lo cual lo sitúa hacia el año 1367 después de JC), para ser dedicado a la misericordia de los débiles enfermos musulmanes de una parte, y de otra, atender a los enfermos que necesitaran un pronto remedio o una urgencia. Aunque por norma general, asistía igualmente tanto a cristianos como a judíos y de cualquier condición social.

Este Maristan, constituyó el primer hospital andalusí, lo cual nos habla del avance y nivel científico de la medicina en el Islam Nazarí. Fue construido en los albores del segundo reinado de Muhammad V, que contó con la hábil y diplomática influencia del médico, filósofo y visir Ibn Al-Jatib, el cual como buen ejemplo de la administración nazarí de la época, acaparaba gran número de cargos.

El Maristan era un edificio hermoso de dos plantas pero con un exterior sencillo, con la única decoración artística de mayor belleza centrada en su puerta de entrada. Presentaba un patio central de forma rectangular, donde se había construido una alberca con dos leones, que vertían el agua, para su almacenamiento necesario. Dicha agua también servía para llevar a cabo los cuidados y baños necesarios de los enfermos, y era transportada desde el Guadi el-Hadarro a través de un *qawraya*. Todo el patio central presentaba en su alrededor habitaciones de forma cuadrangular de pocos metros cuadrados comunicadas entre sí, donde se acogían a los enfermos que necesitaban ser atendidos prolongadamente; también presentaba una galería porticada sostenida por pilares rectangulares con una escalera para subir al piso superior. Mientras que en la planta superior se encontraban, además de similares habitáculos cuadrados a los de abajo, pero en este caso para las mujeres, otras habitaciones dedicadas al ejercicio del magisterio médico, biblioteca y zonas de administración. Ocupando de forma independiente a las habitaciones anteriores, se encontraba igualmente otra zona, cuya dedicación era exclusivamente aplicada al ejercicio de la farmacopea, ciencia fundamental en la medicina nazarí, y encaminada a la elaboración de medicamentos con los que curar.

Ismail ocupaba el resto de su tiempo, como era habitual en los médicos de su categoría, a la enseñanza del arte de la medicina y de su ética, tomando a su cargo varios discípulos a los que transmitir su sabiduría. Para dicha tarea cuidaban de que aprendieran, tanto a restablecer la salud de los enfermos sin interés de esperar recompensa particular, así como a paliar en la medida de lo posible los efectos que sus enfermedades tenían tanto en el alma como en el cuerpo de los pacientes que trataban.

Así pues, bajo estas circunstancias y quehaceres de su vida cotidiana, Ismail se encontraba inmerso en sus profundas reflexiones, que iban encaminadas de una parte, a evocar cómo podría haber sido su vida profesional en la Granada del reinado de Yusuf I y su primer ministro o visir Abu-I-Nu’ayam Ridwan (creador de la Madraza Yusufiyya en Granada entre 1340 y 1349). Época en la que el fomento de la enseñanza se encontraba muy en auge, donde el embellecimiento de la capital nazarí, así como la gran prosperidad en las ciencias y el reconocimiento de los sabios, fueron de tan extrema importancia, que probablemente sus méritos hubieran sido reconocidos y ensalzados. Evidentemente no como ahora, ya que en esta convulsa Granada donde reinaba Muhammad IX, los únicos méritos que contaban eran la afinidad y fidelidad que cada cual demostrara hacia el Partido de los Abencerrajes.

Y por otra parte, sus razonamientos se dirigían hacia los últimos sucesos que se estaban produciendo, con las intrigas dentro y fuera del palacio en el apenas iniciado segundo reinado de Muhammad IX Al-Aysar. Y más que nada, sobre aquellas que estaban sucediendo en la administración de la medicina pública, y entre algunos cargos del resto de las administraciones, donde una gran parte de los principales responsables de las mismas, se encontraban incrustados en la clase media nazarí, y estaban influyendo negativamente en las asistencias clínicas a los enfermos de todo el Reino Nazarí.

Hechos estos que Ismail ya había notado cómo estaban afectando internamente al Maristan, a la convivencia y relaciones dentro del mismo, sobre todo entre los médicos. Situación esta, que le preocupaba fundamentalmente por su implicación en el cuidado y en la asistencia a los enfermos que dentro de él se trataban. Actos que habían sido y eran el objeto principal en más de una conversación entre Ismail, y su amigo Ibn Al-Khandil.

Diálogo que ambos reanudaron al salir de la Madraza y encaminarse hacia el Maristan:

—Retomando nuestro coloquio, interrumpido por la presencia de demasiados oídos —le dijo Ismail a Ibn-Al-Khadil—, te voy a contar el motivo real de estas preocupaciones mías. Pero en relación a su origen, aunque no está del todo confirmado, solo puedo decirte que la fuente de la cual provienen, es muy fidedigna, ya que procede de un alto cargo de la administración Abencerraje.

*»*Dicho alto cargo, el cual me debe bastantes favores de relevancia en el aspecto médico, y en el contexto de una charla informal cuando estaba atendiendo a su padre, me ha explicado que hace unos meses una comisión del Partido de los Abencerrajes, de la cual él formaba parte, viajó al Norte de África. La finalidad de esta gira, no era otra que unir lazos con determinadas poblaciones tribales, y que entre otras actuaciones, se encontraban las de contactar con médicos, y ver las posibilidades de que algunos de ellos se formaran en el Maristan Nazarí.

A lo que contestó Ibn Al-Khandil:

—Bueno, esto tal y como lo cuentas, pudiera ser beneficioso para nosotros, ya que dispondríamos de más médicos, aunque se encontraran en periodo de formación; al ser ya médicos, siempre podrían ayudarnos en nuestras tareas.